

SUSCRIPCIONES

	Ptas.
Valdepeñas, trimestre.	1,00
Provincias, semestre	2,50

ANUNCIOS: precios convencionales.

20 ejemplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.



JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

CRÓNICAS VALDEPEÑERAS

Don Antonio José Vasco

Dejad que los pequeños y los humildes se acerquen á mí.
Jesús.

Aunque hace tiempo que murió, parece que lo veo ahora mismo. ¡Tan gravada se quedó su imagen en mi retina y en mi alma la suya, que era, como la de todos los videntes, una alma muy grande y muy hermosa en una envoltura carnal pequeña!

Ni alto ni pequeño, más bien lo primero que lo segundo; delgado y enjuto de cuerpo; de color blanco, casi mate, como el marmol pulimentado, su carne; de ojos profundos y penetrantes, velados por lentes para mirar más hondo; de percepción rápida y verbo abundante y fluido; de frente tersa y ancha; de nariz aguileña; de andar ligero, inquieto y nervioso; pulcro, aseado, realiza el tipo perfecto y acabado del hidalgo manchego, de nuestro inmortal Quijote. Tal era su personalidad física.

De haber vivido en los tiempos caballerescos, habría imitado, lanza en ristre, las hazañas y proezas de los más grandes héroes, arrementiendo contra tanto follón y malandrín como puebla la tierra.

La Dulcinea de sus pensamientos, la dama sin par de su corazón y de su alma, tras la que corrió enamorado toda su vida, y á la que sacrificó rendidamente, sin discutirlo jamás, sin ver las dificultades ni pensar en los imposibles, porque el amor no se discute, se impone y avasalla, fué la verdad y la justicia y un amor y una caridad ardentes, fervorosas, suprahumanas, amor y caridad sublimes y santos y que, como el fuego, consumía y derretía su alma, como la del gran Santo Francisco de Asís, del que era enamorado y ardoroso discípulo. Por su posición, su vasta cultura y sólida instrucción, pudo, con más títulos que nadie, haber brillado en su pueblo querido como astro de primera magnitud y fué un solitario. Como todo el que se apasiona y lucha en su vida por un ideal. En su alma de niño y de gigante á la vez, en su corazón, más grande que su cuerpo, no cabía el culto ni el amor á una sola cosa ó persona. Como su corazón estaba moldeado para los grandes amores, le parecía mezquino y ruin el tributarlo á una sola persona, y lo prodigaba, brotando á borbotones de su pecho, como el agua de pura y cristalina fuente, á todos los hombres, á toda la humanidad.

Su personalidad moral, aunque siempre es difícil al psicólogo y moralista penetrar en las misteriosas

profundidades del alma humana, está hecha en cuatro trazos. Pues así como nuestra imagen se refleja con perfecta exactitud en un espejo, de igual modo el alma humana, que es nuestra conciencia en la vida, se refleja y retrata en hechos. Y un hecho es, el más hermoso y grande en el hombre, en estos tiempos de grosero y ruin positivismo, que él, que fué rico, murió pobre, no por haber despilarrado su patrimonio y su fortuna, sino por haberla repartido en vida entre los humildes y necesitados.

De haber vivido unos años más, muy pocos, es seguro que, el que dotó á tantos huérfanos, el que socorrió y amparó á tantas viudas y doncellas, el que dio el pan del cuerpo y del alma á tantos niños pobres, que eran el amor de sus amores, el que enjugo muchas lágrimas y alivió muchos infortunios y penas, el que contribuyó con más desinterés y altruismo que nadie, á fundar escuelas, asilos y hospitales, habría sido un pobre más, y sus últimos días, él, que prodigó á manos llenas, sin tasa y sin medida, sin pensar jamás en las estrecheces y negruras de un porvenir sombrío, sino en que la Providencia cuida y alimenta á los pajarillos del campo, y viste de verdura los prados, y de lirios y azucenas los valles, más brillantes que el manto de Salomón, es seguro—repeto—que sus últimos días los habría pasado entre los pobres, siendo un pobre más, y en un asilo de los que él contribuyó á fundar.

Altruista, antes que se modernizara esta palabra, se sacrificó por el bien de todos los hombres, sus semejantes y hermanos; caritativo y piadoso, no fué en busca de aventuras ni riñó batallas contra yangüeses ni molinos de viento; pero corría desolado, en el silencio de la noche, con frío ó con calor, allí donde había una desgracia que socorrer, hambre que mitigar y una lágrima y una pena que consolar; generoso hasta rayar en la prodigalidad, dió muchas veces como S. Martín, no su capa, no lo que podía y tenía, sino más de lo que podía. ¡Y cuántas, cuantas veces; ¡Dios mío, agotado su bolsillo, pedía á los demás, con ruegos y súplicas que rayaban en la humildad, para dar á sus pobres, á sus enfermos, á todo el que angustiado y dolorido, se acercaba á él, implorando su socorro!

Cristiano rancio, de la más pura cepa; creyente sin garmañerías; como cuadra á un alma generosa y á un espíritu noble, repugnábale el estrecho espíritu, el sectario dogmatismo de los que, olvidando las palabras, la enseñanza y el ejemplo del sublime maestro, convierten la santa religión en grangería, ni enseñan á los niños, ni moralizan al pueblo, y son

los modernos fariseos, los sepulcros blanqueados de que habla el Evangelio.

Y más que su fé, que era ardiente; más que su caridad, que era grande; más que su amor al prójimo, que era como el amor á Dios, puro é inmenso, tenía otro amor, en el que se consumía y devoraba su alma, como mariposa que es atraída por la luz: el amor á los niños, pero á los niños pobres. Era el amor de sus amores.

Entre su pueblo querido, idolatrado, el Valdepeñas de su alma juvenil y de sus ensueños de enamorado, rico, grande y poderoso, ilustrado y culto, y el amor puro, grande, nobilísimo, á los niños y á los huérfanos (con razón el pueblo le denominaba tal) pasó su vida y gastó su fortuna.

El, que no fué padre, lo fué por adopción de todos los pobres y de muchos desgraciados niños. El, cultísimo como ninguno de sus paisanos, amante de las letras, apasionado del arte, el que hablaba el latín con una elegancia y corrección ciceronianas, el que recitaba de memoria los trozos más selectos de los clásicos griegos y latinos del siglo de oro de Peseles y de Augusto, que conocía mejor que nadie nuestra hermosa y rica literatura castellana, que el mejor y más delicado manjar de su alma, enamorada de lo infinitamente bello y grande, era el deseo de saber, y sabía mucho, enseñó á los niños. Era su mayor y única vocación, que la ejercía como un sacerdote.

Pedagogo y maestro había nacido para enseñar, y á la enseñanza y educación de los niños pobres dedicó todos sus esfuerzos generosos, todas las energías de su alma varonil, los alientos de su espíritu.

¡Oh! Si en Valdepeñas, la patria inmortal de Balbuena, la del cielo puro, sereno y azulado, la de héroes, legendarios, la que tiene coronada su frente con diademas de pámpanos, más verdes, frescos y frondosos, que los de Chipse y de Cosyuto, la que lleva en su escudo, como el joyel de su más noble y linajuda estirpe, guirnaldas de racimos que semejan al ambar, á chispas luminosas de nuestro sol ardiente, si Valdepeñas tuviera muchos Vasco; ¡que grande y qué hermoso su destino! ¡qué brillante su porvenir!

Yo, admirador y devoto entusiasta suyo, espero que de sus cenizas, esparcidas en el inmenso laboratorio del Cosmos, y de su grande espíritu, flotando como el de Dios sobre las rugientes y turbulentas aguas del Diluvio, surjan y nazcan otros nuevos que, en un porvenir próximo, hagan de Valdepeñas un pueblo, como los que brotan y surgen y se levantan al otro lado del Atlántico,

no solo rico y poderoso, sino culto é ilustrado.

Yo espero que muchos valdepeñeros imiten, en grandeza moral, en el amor á sus paisanos, y á sus semejantes, y sobre todo en el amor á los humildes, en el amor á los niños, á D. Antonio José Vasco, que sinó fué un santo—y yo no tengo autoridad para decirlo—fueron santas sus obras, santas sus acciones, santos sus hechos.

Bien merece un recuerdo cariñoso, bien merece un homenaje de admiración y de respeto, el valdepeñero ilustre que, por su desinterés, su abnegación, su sacrificio, su modestia y su humildad, trabajó en holocausto de los demás por redimirlos.

Y si las lágrimas de los humildes, de los pobres, de los desheredados, son la plegaria más hermosa, y la oración más pura, y la ofrenda más meritoria que sube hasta el trono del Altísimo, entonces, ninguno con más títulos, con mayores merecimientos, humana y piadosamente discurrendo, que nuestro ilustre paisano, honra de Valdepeñas, don A. J. Vasco, para estar á la derecha de Dios, gozando de la Bienaventuranza, en la radiante gloria.

SANTIAGO S. CARRASCO.

Madriñerías (1)

—Vaya ustéz con Dios serrana
¡Bendito sea su cuerpo!
¡Anda Dios y qué criatura!
¡Pise ustéz, prenda, el sombrero!
—Se lo voy á estropear.
¿Está de chunga el polluelo?
—Lo que yo estoy es chiflao,
por esos ojazos negros.
¿Lo pisa usté ó no lo pisa?
—¡Ya está cumplido el deseo!
—¡Olé las hembras con gracia,
y con andar sandungero!
¡Es ustéz la más hermosa
de todas las de su verso!
Voy á cortar el peazo
que ha marcao usté en el sombrero,
pa llevármelo á un concurso,
de piccitos pequeños.
—¡Ustéz no los tie cabales
—Mas cabales que el Gobierno.
Oiga ustéz, prenda!
—¡Qué hay!
—Es nada más que un momento.
—Pues procure darse prisa,
que dicen que es oro el tiempo.
—¡Ustéz sí que es oro!
—¡Yo?
—¡Oro y plata, to revuelto!
Y de las hembras bonitas,
con erlegancia y salero,
es ustéz la más hermosa

(1) Copiamos de *La Publicidad*, diario granadino.